

Fue en aquellos primeros días del internamiento preventivo de Antonio cuando descubrí algo que, lejos de poner luz en lo ocurrido, me desconcertó aún más. Antonio le había pedido a su madre que le llevase su bloc de dibujo, los lápices, el póster del aguador y el libro de *El gran Meaulnes*. Como durante aquella semana me acercaba a su casa todos los días para recabar noticias, sus padres me pidieron que buscase lo que su hijo les había pedido, ya que ellos no solían entrar en el estudio y desconocían el orden de este. Lo hice. Despegué el póster del aguador que estaba sobre la pared, completé su caja de lápices con todos los que tenía sueltos sobre la mesa de trabajo y le introduje por mi cuenta unas gomas de borrar y el difuminador que le había visto usar. El libro, en cambio, me fue más difícil encontrarlo y mientras lo buscaba descubrí que había muchos cuadros con la misma copa que pintaba el día que vinieron a por él: unas insinuadas, otras tachadas, otras francamente fracasadas, pero ninguna tan perfecta como la que aún permanecía en el caballete. Confieso que me llamó la atención tanta repetición y confirmé una vez más que Antonio trabajaba siem-

pre en serio. Finalmente vi el libro, o supuse que era ese antes de cogerlo, pues asomaba por debajo de la almohada. En efecto, era *El gran Meaulnes*. En la portada tenía el exlibris que le regaló Zulema con su frase preferida: «Lo esencial es invisible a los ojos». Y en el interior, visible a los míos, aunque probablemente invisible a mi corazón, un papel doblado. Lo desdoblé sin cuestionarme que fuese privado o no. Y, escrito con su letra, leí lo siguiente:

*20 de abril*

*(En el Prado, después de tres días de espera mirando sus cuadros, oigo por fin la voz de Velázquez.)*

*Me preguntas cómo debes pintar:*

*Toma una copa de agua y píntala cien veces, doscientas, como hice yo alguna vez. Algún día podrás beber de ella y cuando bebas de esa copa verás con transparencia.*

*Cuando veas con transparencia no querrás pintar. Aun así seguirás, como yo, intentando ser fiel a una devoción ya antigua, un año, dos años, diez...*

*Un día te sorprenderás recordando que pintabas, que eras pintor y buscabas la transparencia. Ese día ya*

—Me gustaría que contaras una historia. Una de las historias que se esconden en los cuadros de Velázquez. El cuadro y la historia que tú elijas. Tu historia.

Historias, cuadros y además Velázquez. ¿Cómo decir que no a esta tríada perfecta?

A pesar del poder seductor del encargo, y aunque tuve claro desde el primer momento que *Las hilanderas* sería el telón de fondo de mi cuento, la historia se hizo de rogar. No porque no quisiera nacer. Llamó a mi puerta una y otra vez a lo largo de estos meses, incluso siendo estos meses los peores de mi vida. Frente a la tríada perfecta se impuso la tríada diabólica: enfermedad, mentira y maldad. También de esto saben mucho —lo saben todo, en realidad— las historias. Y lo mismo sucede con los cuadros. Al fin y al cabo, ya lo he expresado de otro modo, los cuadros se alimentan del mismo origen vivificador que engendra las historias. Dicho de forma más directa: los cuadros también son historias.

Todo este prolegómeno tan poco literario y en absoluto pictórico quiere justificar, en realidad,

una sequía de meses. Justificarla a ojos de mi editor —comprensivo hasta el límite— y, sobre todo, justificarla ante mí, escritor en busca de una historia, con un cuadro grabado en la mente, con un hilo del que ha tirado de forma reiterada (confieso ahora que, en lugar de estas palabras, deberíais estar leyendo el inicio de una versión del cuento de la Bella Durmiente —sí, la que se pinchó con el huso hechizado— que hace exactamente diez minutos se quedó congelada para siempre en su quinta versión) hasta que finalmente el hilo se rompe.

¿Qué hacer con un hilo roto del que pende una historia que no solo se quiere contar sino que además se *debe* contar?

Mi primera reacción fue acudir a lo poco bueno que he sabido mantener en la vida: las verdaderas amistades. Intensas, generosas e imprescindibles. He aquí la tríada mágica.

—¡Socorro! Me he quedado sin cuento para un cuadro de Velázquez.

—¿Qué cuadro? —preguntó Candela entre bostezos al otro lado del móvil.

—*Las hilanderas...*